

29 de noviembre

I domingo de Adviento

Is 63, 16-64, 7 / Sal 79 / 1 Cor 1,3-9 / Mc 13, 33-37

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».

(Marcos 13, 33-37)

1. Desde la Palabra de Dios

Este domingo comenzamos un nuevo año litúrgico. Iniciamos el Tiempo de Adviento, en el ciclo B, en el que leeremos principalmente el Evangelio según san Marcos.

Todo el capítulo 13 de Marcos es una enseñanza sobre los últimos tiempos, sobre el final de la historia del mundo, por tanto, el tono del discurso no es distinto al de las parábolas que escuchábamos los últimos domingos del tiempo ordinario: Jesús nos en la necesidad de estar preparados y vigilantes.

Jesús nos exhorta a la vigilancia con la parábola del hombre que se ausenta de su casa y confía a su mayordomo la vigilancia (v. 34).

La enseñanza de Jesús no pretende infundir el miedo al no revelar el día ni la hora. El Señor quiere decirnos que todas las horas y todo tiempo son buenos para esperarle y encontrarse con Él. Todo

tiempo es bueno para esperarle y recibirle. Lo importante es vivir el presente en comunión con Él y no estar obsesionado o preocupado por conocer cuándo será el final de los tiempos o el de la vida de cada uno.

Nuestro Dios es un Dios sorprendente:

- Porque no es un Dios para un tiempo, sino para todo tiempo. Es el Dios-con-nosotros, que quiere estar dentro de nosotros.
- Porque puede llegar a cualquier hora: al atardecer, a media noche, al canto del gallo o al amanecer.
- Porque Él se presenta calladamente en el interior de cada uno, en los acontecimientos de la vida.
- Porque no viene a pedir cuentas, sino a dar: Jamás nadie vio ni oyó hablar de un Dios que actúe como tú, para quien confía en él (Is 64).

Adviento es el tiempo de la Esperanza. Si esperamos al Mesías, que vino que volverá, no podemos estar adormilados, esperando que todo pase... La vigilancia supone vivir cada día con la ilusión del primero y con la intensidad del último. Os invito durante esta semana a imaginar cómo sería si supiésemos que es la última de nuestra vida, ¿a quién llamaríamos para despedirnos, para reconciliarnos, para decirle que le queremos,...? ¿Qué ilusión que nunca cumplimos intentaríamos satisfacer? ¿Qué le diríamos a Dios?...

Vivamos así el comienzo del Adviento. Preparar la venida del Mesías es vivir así, como si cada día fuese el primero y el último.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy comenzamos el camino de Adviento, que culminará en la Navidad. El Adviento es el tiempo que se nos da para acoger al Señor que viene a nuestro encuentro, también para verificar nuestro deseo de Dios, para mirar hacia adelante y prepararnos para el regreso de Cristo. Él regresará a nosotros en la fiesta de Navidad, cuando haremos memoria de su venida histórica en la humildad de la condición humana; pero Él viene dentro de nosotros cada vez que estamos dispuestos a recibirlo, y vendrá de nuevo al final de los tiempos «para juzgar a los vivos y a los muertos». Por eso debemos estar siempre alerta y esperar al Señor con la esperanza de encontrarlo. La liturgia de hoy nos habla precisamente del sugestivo tema de la vigilia y de la espera. En el Evangelio (Marcos 13, 33-37) Jesús nos exhorta a estar atentos y a vigilar para estar listos para recibirlo en el momento del regreso. Nos dice: «Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento [...] No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos». (vv. 33-36).

La persona que está atenta es la que, en el ruido del mundo, no se deja llevar por la distracción o la superficialidad, sino que vive de modo pleno y consciente, con una preocupación dirigida en primer lugar a los demás. Con esta actitud nos damos cuenta de las lágrimas y las necesidades del prójimo, y podemos percibir también sus capacidades y sus cualidades humanas y espirituales. La persona mira después al mundo, tratando de contrarrestar la indiferencia y la crueldad que hay en él y alegrándose de los tesoros de belleza que también existen y que deben ser

custodiados. Se trata de tener una mirada de comprensión para reconocer tanto las miserias y las pobrezas de los individuos y de la sociedad, como para reconocer la riqueza escondida en las pequeñas cosas de cada día, precisamente allí donde el Señor nos ha colocado.

La persona vigilante es la que acoge la invitación a velar, es decir, a no dejarse abrumar por el sueño del desánimo, la falta de esperanza, la desilusión; y al mismo tiempo rechaza la llamada de tantas vanidades de las que está el mundo lleno y detrás de las cuales, a veces, se sacrifican tiempo y serenidad personal y familiar. Es la experiencia dolorosa del pueblo de Israel, narrada por el profeta Isaías: Dios parecía haber dejado vagar a su pueblo, fuera de sus caminos (cf. 63, 17), pero esto era el resultado de la infidelidad del mismo pueblo (cf. 64, 4b). También nosotros nos encontramos a menudo en esta situación de infidelidad a la llamada del Señor: Él nos muestra el camino bueno, el camino de la fe, el camino del amor, pero nosotros buscamos la felicidad en otra parte.

Estar atentos y vigilantes son las premisas para no seguir «vagando fuera de los caminos del Señor», perdidos en nuestros pecados y nuestras infidelidades; estar atentos y alerta, son las condiciones para permitir a Dios irrumpir en nuestras vidas, para restituirle significado y valor con su presencia llena de bondad y de ternura. Que María Santísima, modelo de espera de Dios e icono de vigilancia, nos guíe hacia su Hijo Jesús, reavivando nuestro amor por él.

Papa Francisco. Ángelus 03/12/2017

3. Desde el fondo del alma

*Señor,
si estamos atentos y aprendemos a discernir
los signos de tu presencia,
oímos con claridad
las señales de tu llamada en nuestra puerta.
Y cuando te abrimos y te acogemos,
como un huésped grato en nuestra vida,
el tiempo que pasamos juntos nos reanima.*

*En tu mesa compartimos
la Palabra de la sabiduría y la promesa,
el pan de la ternura y la fuerza,
el vino de la alegría y el sacrificio,
la oración de acción de gracias
y el abandono en las manos del Padre.*

*Así, al volver nuestros ojos a nuestra vida,
descubrimos que tú siempre estás en todo,
con nosotros.*

*Nos llamas y nos acompañas.
Y entonces comprendemos nuestra misión:
amar y servir.*

*Es la sabiduría que tu Espíritu Santo
alienta en nosotros.*

*Espíritu Santo danos el don del discernimiento.
Amén.*